

A propósito de *Léolo. La escritura fílmica en el umbral de la psicosis*
(Jesús González Requena - Amaya Ortiz de Zárate, Ediciones de la
Mirada, Valencia, 2000)

No es tarea fácil leer *Léolo*, el estremecedor film de Jean Claude Lauzon. Y sobre todo, no es tarea fácil leerlo como lo han hecho Jesús González Requena y Amaya Ortiz de Zárate en este libro imprescindible. Leer un texto en el umbral mismo de la psicosis, basado, por tanto, en una experiencia próxima a la desintegración de la escritura misma, es decir, a la pérdida de todo anclaje, de toda sujeción, es una tarea que a muchos asusta.

Pues bien, eso es lo que han hecho precisamente los autores arriba citados: transitar las huellas de una escritura fílmica en el límite de su aniquilación. Pero lo han hecho –y en eso radica su esencial novedad– sabiendo de ello, es decir, haciendo la experiencia de esa aniquilación, e invitándonos a nosotros, lectores a su vez, a que hagamos lo mismo. ¿Cómo es eso posible? Sólo desde la compasión. Es decir: de quien es capaz –como sin duda lo son quienes han escrito este libro fundamental– de saber de la pasión de un sujeto al borde de la desaparición.

Leer, pues, la locura, transitar los laberintos de su desgarrada –y arrasada– escritura, requiere, pues, de la compasión, pero también –y esto sí que no está de moda– de una posición ética insobornable. Porque sólo el que sabe de lo heroico de la lucha por escapar a la locura, a la desintegración a la que ésta conduce, puede, sin rubor alguno, hablar de ello.

Así, dejándonos guiar por tan sabias palabras como las que en este libro han sido escritas, podremos recorrer un trayecto que va del acto mismo de renegación del nombre del padre –acto del que también es partícipe el director del film, en un memorable y terrible a la vez <<anagrama fonético>>: Lozeau-Lauzon-Lozone–, hasta la imagen de Leo petrificado en la gelidez de una bañera de hidroterapia, pasando por esa escena originaria, auténtico punto de ignición del film, en el que la cámara se coloca a la altura de la mirada de Leo, hasta ser engullidas por el negro, siniestro, del vientre de la madre.

Impresiona comprobar hasta qué punto puede el deseo de la madre, la omnipotencia de ese cuerpo real por ninguna palabra sujetado, avasallar a todos y cada uno de sus hijos que, más que hijos, son productos no diferenciados de su cuerpo. Ver con qué lógica tan brutal como inexorable se desmoronan, uno tras otro, Nanette (en su intento maniáco de emular la figura materna), Rita (abandonada a una posición carente de toda voluntad), Fernand (<<acomodado al estatuto de retrasado mental>>) y Leo (*lunático* sumido en una, patética hasta el dolor, depresión catatónica); cómo sucumben al deseo siniestro –y no por <<amoroso>>, menos siniestro– de la madre.

Con qué exactitud lo describen los autores del libro, con qué rigor nos hacen ver ese proceso de destrucción. Pero también esa final lucidez, tenue sí, pero lucidez al fin y al cabo de quien, acabada ya la narración con el confinamiento de Léolo en <<el espacio de su aniquilación>>, pone voz a una emergente y dolorosa consciencia del delirio en el que le han hecho vivir, consciencia de hasta qué punto el repudio del nombre del padre no era sino el más precisa inscripción, la más literal materialización, del loco deseo de la madre.

Sólo así cobra nueva luz la lucha heroica de Leo por sobrevivir como humano, su lucha por hacer de la escritura como de la lectura espacios de supervivencia; espacios, pues, de subjetividad.

Hermoso libro el que han escrito Jesús González Requena y Amaya Ortiz de Zárate, que además, y pese a la dureza del tema abordado, se lee con la misma fluidez narrativa de una hermosa novela.

Libro además fundamental sobre la psicosis, sobre la falla que está en el origen de ésta. Porque pocos testimonios como el de Leo para dar cuenta de aquello de lo que él sabe más que nadie, precisamente porque le falta: el valor de las palabras, su fuerza de sujeción.

Gracias, pues, por un libro tan importante, tan lúcido y tan apasionado.